

‘Se me ocurre que seguramente es falso el paisaje que ellos ven [huertos y olivos] porque no saben en qué medida está modelado por el trabajo y la tenacidad de los hombres: ven grises y ocreos tamizados por la niebla y azules marítimos, como si admiraran un cuadro, no advierten las pruebas del esfuerzo y de la paciencia ni los signos materiales de la fertilidad’.

A. MUÑOZ MOLINA: *El jinete polaco*, pág. 533

1. La duda del Geógrafo

En demasiadas ocasiones parece que la Geografía se ha quedado sin objeto de estudio y sin un contenido bien definido ante el resto de la comunidad académica y ante la Sociedad. Las dudas y la ambigüedad en los dos primeros niveles de la enseñanza parecen confirmar esta apreciación. Lo cual es especialmente grave a la hora de recoger los frutos de su imagen social; esto es, a la hora en que los alumnos han de escoger carrera universitaria; un momento en que la Geografía ocupa para demasiados estudiantes el lugar de “último recurso”.¹

Paradójicamente, esta ofuscación, que alcanza también a los geógrafos más allá de la duda necesaria en la práctica de la disciplina, se produce en medio de la proliferación de reuniones, congresos y jornadas; de la estabilización profesional o como profesores de una amplia nómina de geógrafos; y del asentamiento de publicaciones periódicas solventes. Sin embargo, se da la paradoja de que la Geografía no marcha y se ve arrinconada por otras disciplinas más agresivas, que no solventes o apropiadas, para explicar una parcela del conocimiento, el territorio y su paisaje.

Quizá la falsa multidisciplinariedad de la Geografía sea un serio inconveniente para proyectar una imagen social de disciplina con un corpus de conocimiento coherente y útil a la sociedad. Quizá esta disciplina sea víctima de la especialización de sus practicantes: necesaria para hacer avanzar el conocimiento, pero un obstáculo cuando se olvida la siguiente obviedad; cuando se olvida la gradación en tres niveles que existe en el conocimiento y su difusión: el de la investigación, donde los campos de trabajo pue-

de estar muy bien delimitado y cada uno constituye el reino de los especialistas. También el de los profesionales podría asimilarse a éste. El de la enseñanza, donde el especialista abre su campo de atención; y el de la lectura y el estudio, que no deben tener límites, tampoco geográficos. No creo que se deba confundir complejidad con multidisciplinariedad, sobre todo en una ciencia diagonal, donde un sólo argumento no es nada, como en otras.

2. Las caras del fraude

De la mano de la eclosión del ocio como actividad económica en simétrica correspondencia con el arraigo social de esta práctica, en una fase de incremento de la productividad hasta niveles insospechados, sin que ello se traduzca en una mayor distribución de la riqueza a través de las rentas y el trabajo, ni a escala mundial ni local. De la mano del turismo, también de la hipócrita preocupación por el Planeta, asistimos a la irrupción del “medioambientalismo” en los medios de comunicación y en las aulas.

Son múltiples las manifestaciones del ambiente medio o de diversas formas de ecología en la Sociedad. Sólo mencionaré algunas que han desplazado a otras quizá más acordes con una explicación razonable de la presencia de la especie humana sobre el Planeta.

El empleo del término “ecología”, aunque vaya acompañado del apelativo de humana y la Ecología Humana sea una escuela en el pensamiento actual, todavía me parece desconcertante pues recuerda la falsedad distorsionada del sonido reflejado y la atención preferente a los ecos frente a las voces. También porque me hace imaginar a la Sociedad en acción sobre el Plane-

ta como un río, donde una familia de castores construye un dique y otra de osos pesca salmones, incapaces de ayudarse mutuamente.

Este término y lo que parece representar, es más acorde con una explicación determinista y biologista, superada hace ya un siglo por la Geografía. Además no recoge en la comparación señalada la nítida y radical diferencia que hay entre una respuesta ecológica al medio de los osos y los castores y la capacidad de construir un territorio, de tener la conciencia del propio yo y el libre albedrío, de prevenir el futuro o protegerse de las catástrofes, de dominar y de autodestrucción de las personas.

Quizá sea un signo más de que el eco, el medio, la imagen construidos para suplantar la realidad han pasado ya al primer plano de la vida diaria, sea cotidiana, ocasional o académica. En una colaboración reciente (24-VIII-1997) en El País, M. VARGAS LLOSA recordaba la ambiciosa tarea a que se han dedicado los mejores pensadores franceses de nuestros días (BARTHES, DERRIDA, BAUDRILLARD): la demolición de lo existente y su sustitución por una verbosa realidad. "El conocimiento objetivo, dice, del desenvolvimiento del mundo, la realidad histórica [también la geográfica] ha sido sustituida por la información".

En lo que atañe a la Geografía, sería de tomar a broma el recreador papel otorgado a la 'información' si no fuera porque se advierte una pugna entre 'realidades', tan operativas socialmente unas como otras. Tal es el caso del empeño tenaz en construir una 'realidad natural' para el consumo de masas: Naturaleza, aulas, itinerarios, incluso lo rural, se brinda como contraposición a lo contaminado y manipulado por el ser bípedo que menciona MVL. El empeño no es criticable por cuanto conecta con lo que en algún momento puede ser la vuelta del ser social a la Naturaleza, al estilo de 'kazán, perro lobo'.

Puede ser una necesidad sentida individualmente la búsqueda de los rugosos silencios que siguen al trueno y la oscuridad cegadora después del rayo en la tormenta; la inmensidad desorientadora del cielo verde en el bosque; el riesgo a despeñarse en los riscos abrasados por el azul transparente del cielo o velados por la atmósfera lechosa de la niebla. Todavía hoy, después de tanta barbarie civilizada es preciso es-

cuchar la variada sonoridad del silencio y mirar un paisaje apacible; caminar por una senda intrincada o sentir el calor diáfano del sol en vez de tener que soportar las temperaturas y los ruidos de los días laborables.

Pero en el acercamiento masivo a la Naturaleza hay poca naturalidad y menos intimidad pues la ciudad y sus males acompañan con mayor frecuencia de lo deseable al urbanita en su visita a un terreno demarcado administrativamente, consumido en masa y, lo más importante, calificado positivamente por los medios de comunicación de modo que la visita pueda ser reconocida y homologada en los círculos sociales de cada cual.

También sería una boutade entre intelectuales el papel de la información en su vertiente publicitaria si no fuera porque durante una sola generación la manufactura ha sustituido a la artesanía y al cultivo, con lo que ello supone para una parte de la población y el extenso territorio en que vive. Más allá de la mejora necesaria en el nivel de vida y hablando solamente de alimentos ¿no ha ayudado la publicidad a pasar de la bodega al congelador, de la leche cuajada al yoghurt desnatado, de la repostería fina a la de matadero?.

Si los alimentos se fabrican en una fábrica entonces sólo cabe mirar, ver y definir la Biosfera, la epidermis de la Tierra también como Naturaleza; y el paisaje de lo cotidiano sería el 'natural', en una suplantación más de lo real por su imagen construida, imaginada, añorada o inventada. Y en esta suplantación de lo real por lo imaginado no cabe el bosque maderable, ni la pradera pasturable, ni las especies cinegéticas, ni el erial roturable, ni el núcleo rural que evoluciona y así sucesivamente por referirnos solamente a ejemplos del ámbito de la obtención de alimentos o de materias primas en el bosque.

Sería una cuestión baladí el peso que tiene la información en la actualidad no sólo por su capacidad para 'abolir la Historia y aniquilar el tiempo al ser simultáneos sucesos y noticias, eliminando toda perspectiva crítica'. También por su capacidad para sustraer o escamotear el espacio (un concepto tan obvio y ajeno al mismo tiempo en el pensamiento). El territorio en España ha desaparecido en su diversidad y transformación tras las ediciones regionales o comar-

cales de la prensa escrita, de las emisoras locales, de la información política, económica, social o literaria. El periódico trata cada vez más de personas que piensan y actúan en un territorio secreto, por cuanto han desaparecido los rasgos de la base geográfica concreta. Igualmente, éstos han desaparecido tras la cortina de parajes naturales con encanto, de visita obligada y con capacidad de dar identidad social a quien los visita. Ocasionalmente, como en los casos de catástrofe o efemérides, aparece el territorio en su obviedad.

Finalmente, también la Naturaleza se ha incorporado al consumo como un recurso intangible a través de documentales y reportajes donde animales, árboles y rocas adquieren rasgos más o menos antropomorfizados. En ellos, la autonomía de lo reportado resulta tan falsa que no cabe encajarla en la visión judeo-cristiana de la Naturaleza. Además, debidamente manipulados en su realización y utilizados en su difusión inducen esperanzas en el visitante o en el observador que rara vez se cumplen en la realidad. Porque ver el oso pardo es tan raro como contemplar el rayo verde. Además, desgraciadamente se comprueba que la actitud del turista no va, en ocasiones, más allá de la que tiene para pasar una tarde en el zoo o ver una película del oso Yogui.

Creo que se debe tomar en consideración la capacidad actual de la información para inventar un entramado social-político en que el consumo ha sustituido a la producción, el genérico concepto de calidad de vida a las relaciones sociales y las condiciones de trabajo, y el bienestar del individuo a la solidaridad entre las personas. Una vez que han arraigado esos términos del contrato social (individualismo, consumo y ocio amalgamados por el dulce liberalismo) entonces sólo cabe esperar que los no consumidores recorran el camino hacia la marginalidad, el consumo suplante definitivamente a la producción y la ciudad engulla al territorio. Como la información a la Historia y el espacio inventado a la Geografía.

Y que la producción de espacio para el consumo y el consiguiente análisis de los geógrafos no consideren las implicaciones territoriales que acompañan al tránsito que se ha verificado entre el viajero, que, en una forma distin-

ta de su quehacer, descubre y disfruta de un territorio y sus gentes tal cual son; el turista, que se evade e instala en territorio acondicionado en grados diversos para él; y el visitante, necesitado de reconocerse en todo momento y lugar, por tanto simple consumidor de lo mismo, sea un producto marcado o un territorio acotado.

3. Las falsas paradojas

En esta encrucijada, donde las dudas de una disciplina como la Geografía se acrecen por la presión social sobre su objeto de estudio, el territorio, parece conveniente señalar algún ejemplo de contradicción que quizá sea solamente una incongruencia o una paradoja; una falsa paradoja a la que es preciso encontrar explicación. Pero, no ha de olvidarse que como se ha señalado, el análisis puede ir a contracorriente de la moda y versa, además, sobre una materia sensible. La tarea propuesta es ardua y, probablemente una traición, porque se habla de hechos delicados. No obstante, es una reflexión necesaria como purga de algunas pautas muy difundidas acerca de la interpretación del medio, del territorio, del paisaje; y de la incorporación del paisaje al consumo.

En efecto, la 'obra' de las personas ha entrado en el mercado selecto escalonadamente; primero, la obra de arte (pintura, escultura, música o literatura); casi en la actualidad, la artesanía, después de una larga tradición de las denominadas 'artes industriales'; luego, cuando se ha generalizado el cambio en los modos de vida y las técnicas de producción, salen a la venta los aperos y las herramientas, al mismo tiempo que se reduce drásticamente el número de los usuarios sabedores de los arcanos de su manejo y finalidad.

Finalmente, hoy, cuando apenas se conocen sus claves, se pone en almoneda la imagen de un territorio construido y modelado a lo largo del tiempo. Se vierte en la corriente del consumo, en su faceta cultural, el paisaje, el último caudal que restaba a las gentes sin biografía y sin historia escrita. Un paisaje que es el espejo del territorio y el ámbito de un modo de vida, en trance de desaparición en muchos casos; el propio solar de la memoria colectiva o el ancla en

los momentos de zozobra; la patria de la infancia (RILKE) o el remedio contra el olvido (J. LLAMAZARES).

Además, también surge un cierto grado de vulnerabilidad porque el paisaje se mantiene, más allá de su materialidad objetiva, sobre pilotes contruidos de la materia de los sueños y los sentimientos; de los deseos utópicos y de la memoria innominada de las gentes que lo construyeron y lo vivieron; de las actitudes de quienes lo visitan y contemplan; también de las pretensiones de quienes lo gestionan y explotan una vez que se ha ‘abierto al público’. Igualmente se da una situación delicada porque el paisaje, parte integrante de la Historia, está vivo y se transforma y evoluciona con la Sociedad.

Salvadas estas cuestiones de pudor, es preciso encontrar dentro de la Geografía una explicación a la contradicción que supone admirar como monumento la explotación aurífera de Las Médulas, una vasta mina en El Bierzo por el sistema de ruina montium, Patrimonio de la Humanidad desde 1997, y horrorizarse ante la corta Atalaya en Río Tinto, las canteras de marés de Menorca (por citar ejemplos de suplemento dominical), la Gran Corta de Fabero–Sil, la mina Amalia en Reocín o La Matona en Mieres–Langreo²

La Geografía también ha de aportar argumentos que ayuden a comprender las transformaciones inducidas por la apertura de una vía de comunicación o los efectos de dos obras simultáneas como la producción de energía o la puesta en regadío de un páramo yermo y la construcción del pantano que las abastece y regula el caudal del río. Quizá el texto de L. Mateo DÍEZ aporte la complejidad que subyace en esta dualidad:

“Los primeros que subieron al pantano... que convertiría en regadío el secano irredento, volvieron impresionados y, después de hacerse lenguas del tamaño de la presa y la belleza de aquel rincón de la Montaña, comenzaron a confesar que lo más inolvidable de todo era ver las espadañas de las iglesias de los pueblos inundados.

- Es el signo de los pobres, dijo un viejo de Arvera. Esos pueblos murieron para que nosotros podamos vivir y de su desgracia proviene

nuestra suerte. Los ricos se apañan de otro modo, los pobres siempre somos culpables”.

En definitiva, la Geografía bien podría aportar argumentos que ayuden a comprender y adoptar una postura social, pues la ética no puede estar ausente en el momento de la acción, acerca de la preocupación por la extinción de una especie animal o vegetal marcada por el naturalismo, también de los diversos prunus de las zonas de montaña que proporcionaron fruta fresca en un medio hostil y están desapareciendo al mismo tiempo que las últimas personas que pueden disfrutar de su sabor agraz.

Igualmente, la Geografía podría formar un corpus de conocimiento que aportase argumentos a la Sociedad para, al menos, preocuparse por igual del ecotopo de la ‘ranita’ de E. MARTINEZ DE PISON, de la mano que levantó el muro o el poste desde donde alza su vuelo el águila y por el paisaje construido a brazo por el Hombre, en muchos casos, sólo para sobrevivir como recuerda M. de UNAMUNO hablando de Las Hurdes.

Si la Geografía, que estudia la construcción social de un territorio, con su estructura y su paisaje moldeados en los sucesivos instantes de la acción; y los geógrafos, con independencia de su grado de conocimiento y especialización o su experiencia profesional, no contribuye a resolver el dilema entre la necesidad de la acción y sus consecuencias, entonces se puede pensar que la Geografía carece de contenido y de razón de ser y, por tanto, ha fracasado académicamente. Y si no ayuda también a comprender y fijar los límites y los fines del alcance de la acción humana, también habrá fracasado socialmente.

En esta ola de medioambientalismo y de paisajes contruidos por la información, parece que el geógrafo está en el balcón y silbando mientras unos caballos cimarrones guían la carreta; como si el ser bípedo estuviese ausente de la escena en su singularidad de ser racional y como si su capacidad de pensar no le diferenciase de los demás seres de la Naturaleza. Quizá haya un camino, un discurso ante la sociedad y un paradigma genuinos que den identidad a la Geografía y al quehacer geográfico. Un camino que resuelva la paradoja, a mi entender falsa, entre la

‘agresión constante a la Naturaleza’ y su correlato de biologismo ambientalista aplicado al Homo Sapiens Sapiens y la tranquilizadora alegría de encontrar ‘huellas en la playa de Rodas’ que hoy, a la vista de la capacidad transformadora de la sociedad actual, resulta demasiado ingenua. Es probable que, si se consigue tal empeño, las desconcertantes paradojas queden reducidas a simples y necesarias contradicciones.

Quizá ayude a comprender la contradicción, al mismo tiempo que se otorga la importancia que merece la cuestión de los límites de la acción social en el territorio y los fines sociales de la misma, recordar la base agraria de una parte de la actividad humana, tan ligada a las condiciones de la Biosfera, incluso con el elevado grado de tecnificación actual. La Geografía da cuenta de la organización del territorio, de los paisajes y de los procesos y factores que los transforman.

Por ello, no merece comentario para el campesino labrar la tierra para cosechar, cuidar la devesa para tener madera, engordar el cerdo o el ternero para ser sacrificado, hendir la tierra para hacer un camino o sacar piedra, embalsar y desviar el agua para moler o regar. En una palabra, en el ámbito campesino se asiste (así lo viven todavía algunos y otros lo recordamos) al ciclo anual de arar, sembrar, segar, moler y cocer el pan para comer; o cortar y labrar la madera para construir.³

Cuando se hace Geografía, no cabe la creencia de que los productos, alimenticios o de uso, se fabrican con artificio en un ‘territorio inexistente’ porque es lejano y, además, está fuera del orden natural de la actividad humana. Por ello, si la fabricación llega a ocupar toda la acción en un espacio fuera de lugar, entonces arar, segar, talar o sacrificar; cocer o asar son agresiones a la Naturaleza y el campesino es un bárbaro en el jardín del Edén. Del mismo modo, la conservación de la especie humana urbanizada resulta ser un misterio en una economía-mundo.⁴

De nuevo la imagen y, lo cual es más importante, territorios lejanos y las sociedades que los modelan habitándolos y fabricando en ellos, pasan a formar parte del ellos y de lo otro; necesarios ambos, pero relegados a los confines del genuino territorio, habitado de modo intangible

por el grupo social dominante. De nuevo el escamoteo de lo real permite hablar del ‘ambientalismo de París’, lugar fantástico de donde proceden las personas, los productos y su aroma que nos libra de la plebeya y contaminante tarea de producir. Incluso de reproducirnos y relacionarnos socialmente pues el fin de la historia y de la especie están anunciados por los mismos agoreros.

4. El paisaje cotidiano

A esa falaz dicotomía entre la agresión a la Naturaleza y la alegría expresada por Aristipo al encontrar huellas de seres civilizados en la playa de Rodas, como recuerda GLACKEN, se superpone otra de no menos relevancia por cuanto nos permite perfilar los rasgos del paisaje que denominamos de lo cotidiano. En este segundo emparejamiento se yuxtaponen, como nuevos escollos de Scila y Caribdis, el paisaje natural, adobado por la invención, delimitado por figuras administrativas y explotado como recurso y el paisaje sin adjetivos como imagen visible de la acción social sobre el Planeta. Frente a lo imaginado y elaborado por la información, este paisaje tiene una concreción material y objetiva hasta el punto de que es ‘lo que se ve’ (BRUNET). Y se puede añadir que, como aspecto visible del territorio, es lo que se puede fotografiar, frente a la estructura sólo aprensible mediante el mapa y frente al proceso percibido por sus huellas y señales.

Cuando desaparece el conocimiento de los modos de la acción de la mano humana sobre la Naturaleza entonces queda sólo lo obvio del paisaje natural: el roble o el brezo; el hayedo o la campera; la tormenta y la torrentera; el faldeo de las sierras y las vegas. Éstos y otros más forman un conjunto de elementos que, cuando no llegan a alcanzar la majestuosidad del bosque o de la cordillera, están huérfanos en el imaginario social. ¿Qué hacer con los paisajes intermedios, aquellos donde la huella humana ha dejado su impronta y ya no pueden ser considerados como naturales? Triste dilema para un modo de entender el medioambiente: si está presente la acción humana, el paisaje no es natural, pero si el paisaje natural es anodino entonces no mere-

ce atención y tampoco se incluye en el circuito comercial.

Además, cuando se pierde la noción de la actividad humana sobre la superficie terrestre se entra en un callejón sin salida o, mejor, en una senda que conduce a la estupidez, pues se renuncia voluntariamente a la explicación de buena parte de las panorámicas que se pueden observar en Europa Occidental, por tanto, también de España. Si no se tienen en cuenta las técnicas de cultivo, las labores agrícolas, la competencia y complementariedad entre personas y ganados sobre el terrazgo para asegurar la supervivencia de ambos; las ondas de modificaciones en el hábitat, ligados a veces a la emigración y la urbanización y tantos otros factores. Si no se tienen en cuenta, entonces la morfología de grandes extensiones del territorio no sólo carece de sentido, sino que muestra los síntomas inequívocos de que la Naturaleza ha sido agredida.

¿Qué se puede decir ante una ladera abancalada donde todavía son perceptibles los caballones de las fincas centeneras, algún trozo de muro o un tramo de camino que recorre en diagonal la pendiente? ¿Qué decir de la vegetación de esas tierras tan diferente de la de las circundantes; de las escobas, tomillos o lavandas entre brezos o matas de rebollo? ¿Qué explicación dar a la presencia de las genistas de color turquesa en agosto entre el verde profundo del roble? ¿Qué pensar ante los bancales que alojan unos huertos donde sólo cabe una fila de árboles, dos hileras de cepas o unos surcos de hortaliza? ¿Qué decir de los senderos que se abren desde el corral en abanico?. Y qué decir en memoria de las gentes que los labraron que no dieron lugar a textos.

Si no se tiene en cuenta el modo, el género de vida de unas gentes en un territorio, lo que se denomina también como complejo cultural, que aseguraba la producción de alimentos y sostenía unas relaciones sociales al mismo tiempo que construía un paisaje, se borran las huellas de varios siglos de Historia, de trabajos, de esfuerzos y de cultura y se limita su conocimiento a las reconstrucciones de los historiadores. Dejando de lado la obra todavía reconocible, tras la palabra se camufla la memoria colectiva y los resultados del trabajo, la obra de arte de los sin historia.

Es curioso que en una de las aproximaciones actuales al paisaje construido, especialmente en el mundo rural, aparezca la figura del eco-museo sustituyendo a lo que era el museo etnográfico. Sin duda, este reemplazo de términos corresponde a la magnificación de la Ecología y el medioambientalismo que casi ha llegado a ocupar el espacio de la Etnografía y la Antropología, de la Historia y de la Geografía. En un futuro virtual y falsificado, con el tiempo reducido al instante y el espacio al lugar sin atributos sonará la hora de una nueva ciencia, la ETNOECOLOGIA, quizá como desarrollo lógico de las novísimas ciencias ambientales. En justa correspondencia con el fin de la Historia y con la sustracción del espacio cotidiano. Si, además, el estilo sustituye para entonces al ser y el simulacro a la realidad, se puede con toda propiedad elevar al Homo Sapiens Sapiens a la simple condición de animal teledirigido, cuya conducta y obra serán diseccionadas por los etnoecólogos, ya para entonces prometedoras promesas procedentes de los campos afines.⁵

Al hilo de los ejemplos, parece que están excluidos los paisajes de la ‘obra pública’; es decir, los paisajes de la trilogía formada por el muro, el techo y el vano para vivir o trabajar o desplazarse. Incluso puede dar la impresión de que hay una cesura entre unos y otros. No hay tal, pues la ciudad, la vía de comunicación, la casa, la fábrica o la oficina forman parte también del paisaje de lo cotidiano. Quien lo mira puede realizar una selección, aún siendo geógrafo, pero ese paisaje por sí mismo constituye una realidad sin discontinuidades.

Variado, cambiante o repetitivo; feo y repulsivo; o apacible y acogedor, el paisaje cotidiano es el espejo del territorio moldeado por la Sociedad y como tal objeto de atención, de la cual la contemplación es sólo un modo de acercamiento. En defensa del paisaje se podría decir que hay mala pintura, mala música o mala literatura pero no hay un “mal paisaje”, sino es aquél en que se ha instalado la incuria y la desidia o aparece algo “fuera de lugar”.

De manera que a la enumeración anterior de carácter rural se podría añadir otra de vistas edificadas hasta relegar a la Naturaleza a simple condición de atmósfera y de red geodésica, siendo el grado de transformación irrelevante desde

el punto de vista geográfico. Sin embargo, al final del ciclo, cuando aparezca la ruina, no dejará de surgir también aquí el eco-museo o quizá el museo-imagen como instrumento necesario para reinventar una historia, más que para albergar la memoria acumulada en las ruinas del pasado, al menos antes de que se conviertan en escombros del olvido.

Hay todavía una yuxtaposición tomada en este caso de la Historia del Arte que me parece oportuno recordar. Se trata del gran salto que suponen los pintores holandeses primero y luego Constable respecto a concepciones 'pinturescas' del paisaje. Algo parecido ocurre cuando de la magnificencia de la Naturaleza o de la armonía del monumento se pasa al paisaje de lo cotidiano. Si contemplamos el paisaje desde la colina de C. de Lorena, la explicación geográfica, como el viaje, debería centrarse en aquellos paisajes que hoy decimos que son 'pintorescos', porque se parecen a la pintura como recuerda GOMBRICH: las grandes panorámicas, las grandes rutas, los monumentos, si acaso alguna avenida proyectada por arquitecto ilustre. El paisaje geográfico se identificaría entonces con las panorámicas de consumo, con lo entendido comúnmente como bello (lo cual no le resta ni añade belleza). Y la Geografía hablaría del Cañón del Colorado, de las cataratas del Iguazú o la sabana del Serengeti; o de Muniellos, la ruta del Cares o de los Picos de Europa.

Sin embargo, si acompañamos por el llano a los pintores holandeses, el geógrafo se fija en paisajes bien diferentes. Pues incluyen todo tipo de perspectivas, tanto las grandes panorámicas como las que el pintoresquismo considerara horrorosas. Incluyen el paisaje de lo cotidiano como resultado de las relaciones sociales, del Hombre en Sociedad, en un medio que es una materia prima moldeable de acuerdo con los niveles técnicos, el conocimiento, los principios éticos y la estructura social de cada época.

Algunos resultados de esta tarea social sobre la epidermis de la Tierra son verdaderamente hermosos, una obra de arte comparable a las consideradas como tales, por su sólida perfección resultado del equilibrio con las condiciones naturales, pues la garantía de la producción lo es también de la continuidad de las generaciones, y por la armonía de las edificacio-

nes levantadas ante todo para ser útiles, sean cercas, paratas o edificios.

Otros paisajes, en cambio, recogen, como un elemento más, la dureza de la producción, allí donde la contaminación, la precariedad de las construcciones y el hacinamiento es o ha sido la prolongación de las largas jornadas laborales o lo magro de los ingresos. Los paisajes de las zonas industriales, fabriles o residenciales pueden interesar al viajero, pero ser desdeñadas por el turista y ser objeto de rechazo por el visitante; no invitan ni al paseo ni a la contemplación, como tampoco eran o son lugares apropiados para el descanso. Sin embargo, unos y otros son objeto de estudio por parte del geógrafo, pues son producto de la tarea humana diaria. De hecho, puede ser menos geográfica la panorámica pintoresca que la organización de un área rural o una zona portuaria.⁶

Así debieron entenderlo los burgueses holandeses cuando encargaban febrilmente pinturas de molinos y calles, los mismos que veían en sus paseos o desde casa, en vez de paisajes inventados, con escenas bucólicas, edificaciones clásicas y nubes de tormenta. También, una vez que ha pasado el tiempo, ese modo de proceder coincide con la moderna idea de Constable cuando llena las carpetas de bocetos con paisajes que los hombres contribuían a configurar. Este pintor prefería los canales artificiales o los diques, las barcazas o los campos labrados, los molinos o aperos de labranza; unos temas bien diferentes a los montes eternos e inmutables del Lake District que inspiraron a Wordsworth. Pensaba, como hombre imbuido de las ideas de la Ilustración, que la armonía universal estaba en las obras, en el paisaje formado por el trabajo (HONOUR).

Pero, al igual que la luz, la sombra y la perspectiva podían hacer, según Constable, que cualquier objeto se volviera hermoso, las cualidades negativas de ciertas manifestaciones del paisaje no le restan su condición primordial de ser 'obra', expresión de lo cotidiano que adquiere identidad propia por partida doble: por su carácter material y objetivo que le proporciona duración y extensión y por ser autónomo respecto a quien lo mira.

Así, unas y otras manifestaciones del paisaje, el natural más o menos transformado, el

construido en la producción agrícola, industrial y en la reproducción de la propia especie; el del ocio y del consumo, o el del dominio son el espejo del territorio elaborado por la Sociedad, variable en tiempo y lugar según su capacidad técnica o financiera y según los principios sociales, políticos y económicos del contrato social pactado o impuesto a sus miembros. De modo que, Paisaje, Territorio y Sociedad son sólo divisiones necesarias para comprender un momento en la Historia o un lugar en la Geografía; de hecho, el Territorio y su Paisaje es el encaje momentáneo en un lugar de un conjunto de escalas de tiempo y espacio.

Pero, si para el pintor romántico el cuadro de paisaje no sustituía a la Naturaleza por la simple razón de que la desborda, podemos retomar dos ideas que sitúan el paisaje más allá de su condición objetiva y formal, de su fisonomía. Leyendo a Mort ROSENBLUM se percibe que sobre el olivo y el aceite (como sobre el rebaño, el viñedo o los quintos de Belalcázar de C. BARGA) gravita una cultura, un modo de vida de las gentes que lo cultivan y una estructura social. El olivo da una sombra ventilada y clara que induce sueños agradables, el olivar configura un paisaje que invita a la contemplación; y hoy le sostiene o amenaza un entramado social del que forman parte por igual la caza de subvenciones y los paladares exquisitos, el afán de gloria de la Mafia y las estrategias empresariales.

El cuadro no es la Naturaleza porque añade un punto de vista, ideas, recuerdos y sensaciones; igualmente, el paisaje inadvertido no es sólo un espejo del territorio, es la sustancia material de la Historia porque está moldeado por el saber, el esfuerzo y los vaivenes de la memoria; por los trabajos, las esperanzas y las ambiciones de las personas; por el entramado de relaciones de una sociedad que despliega los recursos técnicos de que dispone para construir un territorio sobre el terreno

ADDENDA PRIMERA. Una vez escritas estas páginas han sucedido muchas cosas: Los Reyes de España han viajado en abril de 1998 a Las Hurdes. La construcción periodística de la noticia recalcó dos cosas: la visita ponía fin a la “leyenda negra” que pesaba sobre la comarca y a su pobreza. De ello se deduce que la pobreza

extrema de esta comarca redimía de la suya al resto del país. Y que pertenecía al ámbito de lo inventado por otros. De nuevo la fantasía, necesaria pero irreal, suplanta a lo cotidiano.

ADDENDA SEGUNDA: En el nº 4, 1999, de Ciudad con el título “Territorio y Patrimonio” José Ortega publica “El patrimonio territorial: el territorio como recurso cultural y económico”. En el mismo año sale Paisaje y Medioambiente; y Teruel quiere estar en el mapa.

NOTAS

1.- Libreta de trabajo, 25-IX-97

2.- El comité Internacional de la UNESCO incluyó en su reunión de Nápoles de 4-XII-1997 a Las Médulas en el listado de Patrimonio de la Humanidad. En el curso impartido en 2000 Conjuntos arqueológicos y Centros de interpretación del Patrimonio Histórico y Natural, Javier Sánchez-Palencia y M^a Dolores Fernández-Posse impartieron una lección con el equívoco título de “Las Médulas (León), un paisaje natural”. Por su parte, la UNESCO destacó las canteras de marés en su declaración de Menorca como reserva de la Biosfera.

3.- Luis LANDERO lo diría mejor en un artículo de prensa: “Un hombre de acción”, El País, 1-XI-1998.

4.- Es inevitable la mención de películas como *Atmósfera Cero*, donde la producción ya se realiza fuera del planeta Tierra, y *Blade runner* o *La cúpula del trueno*, donde ya no rigen los principios del contrato social surgido de la Ilustración. Y las novelas que han de describir la vida en la ciudad postmoderna. Ahora ya puedo citar algunas: BALLARD: *Super-Cannes*; SAUNDERS: *Pastoralia, CivilWarLand in bad decline*. El País de las Tentaciones, 2-II-2001

5.- Este juego de palabras dejó de parecerme ingenioso cuando tropecé con “Etnoecoloxía de les poblaciones vaqueires”. Asturias, nº 6, Avientu, 1998. Esto revela las carencias personales en el seguimiento de la bibliografía más en vanguardia.

6.- Después de leer algunos textos que ya incorporan las ideas desarrolladas por el postmodernismo en la interpretación de la sociedad, sería más fácil argumentar sobre la importancia de lo cotidiano